

Siete locas.

Para quienes no es suficiente vivir. Comer, dormir y coser botones, ¿consiste en eso la vida?, se preguntan.

Que obedecen ciegamente a una llamada. ¿Pero de quién, pero de qué?, inquiera Woolf.

Siete iluminadas para quienes escribir es toda la vida. («Todo, excepto la escritura, es nada», declara Tsvietáieva, la más extremista de todas). De modo que su existencia se hunde cuando, por distintos motivos, no pueden dedicarse a ello.

Siete insensatas que desoyendo la voz de la razón y de la sensatez, dicen no a la jauría de «lobos regentes» ya sean políticos, literatos, o ambas cosas,

y que lo escriben cada una a su manera,

unas aullando, dando portazos, arrancando máscaras, y tanto peor si con ello la piel y la carne se desgarran,

otras con modales y maneras muy *british*, pero todas ellas atentas a la voz que murmura en su oído: un poco más a la izquierda, un poco más a la derecha, más alto, más rápido, más fuerte, *stop*, precipitar, aminorar, cortar. La voz del ritmo. Sin esa voz, y en eso son categóricas, no hay escritura ni escritor. Es así de simple y así de implacable.

Siete imprudentes para quienes escribir no consiste en dar un pequeño paseo turístico del lado de la literatura y luego, ¡hale! vuelta a la verdadera vida, como se dice.

Para quienes la obra no es un suplemento de la existencia.

Para quienes la obra es la existencia. Ni más ni menos.

Y que se sumergen en su pasión sin esperar que el contexto en el que viven les sea menos adverso.

Siete locas, les digo.

Porque tenían que estar locas esas mujeres para afirmar su voluntad arrogante de escribir en un medio literario

esencialmente gobernado por hombres. Porque tenían que estar locas para apartarse tan decididamente en sus novelas o en sus poemas de la vía común, para abrir unas cornisas tan peligrosas, para irritar a su tiempo o adelantarlo, y soportar por tanto las censuras, las reprobaciones, las excomuniones, o peor aún, el desprecio de una sociedad a la que, sin quererlo o queriéndolo, molestaban.

Volví a leer, hace un año, todos sus libros.

Yo atravesaba un mal momento. Había perdido el gusto de escribir. Pero conservaba el de leer.

Necesitaba aire, vitalidad. Esas lecturas me lo proporcionaron.

Vivía con ellas, me dormía con ellas. Las soñaba.

Un día, un solo verso de Plath bastaba para llenar mi espíritu. La perfección es atroz, me repetía, no puede procrear. Al día siguiente, me bebía de un trago las trescientas diecisiete páginas de la novela de Woolf, *Orlando*, y experimentaba una felicidad casi perfecta.

A fin de prolongar esa felicidad, hice algo que hasta entonces me había resultado indiferente, y que, además, pensaba, solo completaría mis desconocimientos: me sumergí en las biografías, las cartas y los diarios íntimos de esas siete mujeres. Lo hice sin ninguna intención. No trataba de desvelar ningún secreto de la obra ni corroborar ninguna hipótesis erudita, sabía que era un ejercicio tan vano como estúpido. Me empujaba simplemente el deseo de hacer durar un poco más la emoción que había experimentado leyéndolas, y de permanecer en cierto modo, afectuosamente (me arrogaba ese derecho), a su lado.

Iba recogiendo aquí y allá los detalles que a mi entender las retrataban mejor y que me las hacían entrañables.

Me conmovió descubrir que Ingeborg Bachman se desma-

yó de emoción después de su primera lectura pública, que Tsvietáieva, esa enamorada nata, se entusiasmó veintiséis veces y se desilusionó veinticinco, y que la joven Emily Brontë cauterizó una herida abierta en su mano aplicándole un hierro al rojo vivo, y todo sin un quejido, a lo Heathcliff.

Empecé así a inventar sus vidas, como por lo demás inventaba sus obras, que es lo que hace, creo, todo lector.

Luego iba de la una a la otra imaginariamente.

Me fascinaba ver un seísmo interior reducido al temblor de un verso, un incidente intrascendente convertido en un drama, en resumen, descubrir todo ese trabajo de metamorfosis que normalmente se me escapaba.

Y aunque evitaba las explicaciones causales, aunque me parecía abusivo prestar a esas mujeres las palabras y los movimientos que encontraba en sus narraciones y deducir que eso quería decir aquello, no podía impedir constatar que su vida y su obra estaban indisolublemente, inexorablemente, irremisiblemente unidas, a veces en conflicto, a menudo en guerra, o enlazadas una y otra en el deseo terco, imposible, de una adecuación perfecta.

Hasta entonces había despreciado olímpicamente cualquier indagación sobre la vida de un autor. Me había aprendido la lección. El *Contre Sainte-Beuve* de Proust era para mí una referencia canónica, subscribía la idea según la cual los escritores podían tranquilamente conservar el anonimato mientras los exegetas se dedicaban a su obra, puesto que su yo de escritor estaba tan alejado de su yo en el mundo como la Tierra de la Luna. Para abreviar, estaba convencida de que los *making of* no nos enseñan nada. Al examinar la existencia de esas mujeres, me vi obligada a reconocer algo que contravenía la tesis proustiana: escribir y vivir eran para ellas la misma y única cosa (lo que por

lo demás no disminuía en nada la resistencia de su obra a cualquier intento de interpretación). Tsvietáieva, la más radical, lo formula así: no se trata de vivir y escribir sino de *viviescribir*. Además, el latido de su corazón acompasaba el ritmo de sus frases, y sus poemas insomnes resonaban con los gritos que lanzaba silenciosamente durante el día.

Escribir, para esas mujeres, no reconocía más autoridad que la de vivir.

Y vivir sin escribir significaba morir.

Más aún, para la mayoría de ellas y Plath a la cabeza, sus textos eran una protesta contra la idea —cómoda, hay que reconocerlo— de que por un lado está el arte y por el otro, a una distancia prudencial, la vida cotidiana. Plath fusionó todo: las cazuelas sucias y las zapatillas, en pleno lirismo.

Hice otro descubrimiento, más oscuro. Esas mujeres que amaron infinitamente la vida, que amaron infinitamente el amor y que gozaron de todos los dones del cielo, esas mujeres que rechazaron con firmeza todos los chantajes al sufrimiento y todos los beneficios que hubieran podido obtener de una suerte desfavorable, esas mujeres que detestaron la enfermedad tanto como el dolor y se burlaron de su abyecto reciclaje literario, casi todas esas mujeres vivieron un destino desgraciado.

Unas conocieron el inconveniente de vivir en el lugar equivocado, otras el de vivir en la época equivocada, algunas sufrieron un dolor de ser tan atroz que solamente podía calmarlo la muerte.

Pero independientemente de que su enemigo se alojase en su interior o en el exterior, la existencia fue, para por lo menos cuatro de ellas, un continuo sufrimiento.

¿Era pues necesario, para que su voz rompiese la monotonía, era necesario que su vida ardiese o sangrase? ¿Su obra